

a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-03-2018

“El nacimiento de Jesucristo fue así: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1, 18-21).

Dentro de unos días, el 19 de marzo, celebraremos la solemnidad de San José.

Aquel carpintero de Nazaret era en verdad un hombre sencillo, pero, sobre todo, era un hombre justo, es decir, fiel a la ley de Dios, dispuesto a cumplir su voluntad. Después del anuncio recibido "en un sueño" por un ángel del Señor, abandona la idea de rechazar en secreto a María, la lleva con él, porque ahora sus ojos ven la obra de Dios en ella, y así entra en el misterio de la Encarnación. Respeta la voluntad de Dios leyendo la elección del amor que está llamado a hacer: porque ya ha aprendido que la ley de Dios es amor. Es un amor puro y desinteresado. Es un amor atento. Es un amor sabio, que sabe armonizar la justicia y la prudencia, la comprensión y la compasión. Es un amor que se confía a Dios, que cree totalmente en él, porque sabe que nada le es imposible, que nunca abandona a quien confía en él y que, tarde o temprano, en un sueño o con otros signos o gracias, revela el misterio de su amor.

José no es el padre biológico de Jesús, de quien sólo Dios es el Padre; sin embargo, él ejerce una paternidad llena y entera. Ser padre es, ante todo, ser un servidor de la vida y del crecimiento. San José ha demostrado, en este sentido, una total dedicación. Sin haber ejercido una paternidad carnal, participa en la paternidad de Dios Padre, el único Creador, convirtiéndose en custodio de Jesús y de María, fiel y sabio servidor, silencioso y discreto, justo y prudente. José fue prudente en todo y siempre, porque era justo: estaba inmerso en la Palabra de Dios, escrita, transmitida en la sabiduría de su pueblo, y, precisamente de esta manera, estaba preparado y llamado a conocer la Palabra que vino entre nosotros como hombre, para custodiarlo y protegerlo. José es, en la historia, el hombre que le dio a Dios la mayor prueba de confianza, incluso antes de ese anuncio portentoso. Y ésta sigue siendo su misión para siempre: ser el guardián prudente de la Iglesia, de la nueva Sagrada Familia.

En una fiesta de San José, Magdalena Aulina dijo: «pedidle con confianza que os ayude en vuestro camino de seguimiento a Jesús. San José fue un hombre de fe a toda prueba. Adorador “a ciegas” de los planes de Dios, aceptó y cumplió fielmente nada menos que la misión sagrada de ser para el Niño Jesús, junto a la santísima Virgen y con ella, el maestro de oración y de contemplación del Padre celestial. Él le enseñó cómo debía prepararse y ocuparse en las cosas que atañían a la gloria de Dios Padre. Pedidle a San José que también os enseñe, junto a la Virgen, a ocuparos de las cosas del servicio de Dios y a prepararos para lo que Dios espera de cada una de vosotras».

José nos lleva a María, su Esposa; luego, quien se confía a María llega a Jesús como por un camino seguro. Aprendamos de San José -un hombre de fe, puesto a prueba- a fiarnos de Dios completamente, a confiar en Él, a cumplir fielmente lo que Él nos pide. Sin miedo. Que san José sea modelo de prudencia para nosotros, para que aprendamos a no actuar precipitadamente, sin reflexionar y sin orar; para que aprendamos a ejercitar una vigilancia interior, cultivando la capacidad de actuar bien, de tomar decisiones correctas, para evitar errores de los que luego nos arrepentimos.

Pidamos, por intercesión de San José y de Magdalena Aulina, que podamos creer en lo "imposible de Dios", incluso cuando no conseguimos comprender, decidir, elegir, ... Estemos seguros de que también a nosotros Dios nos dirá: ¡“No tengáis miedo!”, y nos indicará el camino a seguir.

